

APROXIMACIÓN TEOLÓGICA AL SISTEMA MUNDIAL

JULIO LOIS

Consideraciones a la luz de la fe

Desde una consideraciones muy sencillas a la luz explícita de la fe y teniendo en cuenta temas decisivos bíblico-teológicos, debería estar claro, para todo creyente, que el modelo actual de sociedad es intolerable y que es preciso asumir una posición beligerante frente a esta situación. Los temas bíblico-teológicos que habría que recordar aquí -elementales y no por elementales menos importantes- podríamos concretarlos en estos:

* Desde una visión de fe, el ser humano, creado a imagen de Dios, tiene la misión de relacionarse con la creación, informado por la justicia y por la caridad, y nunca por la codicia y por la idolatría. Esto es el abc de la visión que podríamos llamar antropológica, informada por la fe.

* Desde un punto de vista, mucho más estrictamente teológico, el Dios de la revelación cristiana, el Dios de Jesús, es claramente el Dios de los pobres, el Dios de la vida, el Dios liberador. Su Reino anunciado y hecho presente por Jesús a través de su vida, de su vida solidaria con el mundo de los débiles, es entendido como un banquete, pero un banquete de convivencia solidaria y abierta.

Los estudiosos, esos últimos norteamericanos, que tanto están trabajando por descubrir algunos aspectos de la vida de Jesús en relación con los estudios de antropología de los pueblos del Mediterráneo, insisten muchísimo en la importancia del banquete, para tratar de concretar en que consiste la Causa de Jesús y el proyecto de Jesús.

Uno de esos estudiosos, viene a decir que *Jesús murió como murió porque comió como comió*. Los banquetes de Jesús son banquetes abiertos, banquetes solidarios, banquetes en los que no se puede dejar a nadie fuera, banquetes en que hay que sentar a los últimos como primeros, y banquetes que rompen todas las normas de la convivencia, del urbanismo y del honor que eran categorías centrales en la antropología de los pueblos mediterráneos de aquel entonces.

Entonces para un cristiano este asunto de la solidaridad es algo tan transcendentalmente importante que en el fondo es el núcleo mismo de la vivencia cristiana, es decir, el ser solidario es una buena traducción de vivir en Cristo, de vivir informados por el amor de Cristo, por la esperanza de Cristo.

Hacer memoria, crear esperanza

Lo sabemos de sobra, pero hay que repetirlo: los cristianos tenemos como tarea prioritaria (yo insisto en prioritaria, y aquí ya nos distinguimos incluso a la hora de diseñar qué es eso de la evangelización) e insoslayable, la de luchar por un mundo solidario que permita superar esta letal y neodarwista lógica de desarrollo del actual sistema de vida occidental.

Cuando hoy nos preguntamos: desde el punto de vista público y social, ¿qué es lo que la tradición cristiana podría aportar a la hora de confluir con otras tradiciones?, me parece que se puede concretar en dos palabras, fundamentalmente: una palabra es memoria y la otra es esperanza.

«Memoria», es memoria de los humillados, memoria de los crucificados, de los seguidores del crucificado, de tal manera que allí donde hay un cristiano, allí donde haya una comunidad cristiana, tendría que haber memoria constante de los crucificados de la historia, de los que no se sientan en el banquete. De los que están tirados en las cunetas, de todos esos que, decíamos antes, esta lógica de desarrollo genera como desechables.

Y luego, «esperanza», claro. Porque no es memoria solamente para recordar, sino para recordar, pero esperanzadamente, es decir, para recordar un recuerdo que active el compromiso, un recuerdo que active un compromiso situado en un horizonte de esperanza.

Desde la fe no podemos -pienso yo- deducir el camino a seguir, sus cauces concretos para realizar esta inmensa tarea, no. Tampoco tenemos que agruparnos necesariamente, confesionalmente, para ello. Pero es lógico que los cristianos tengamos también -entre otras cosas, porque la fe hay que vivirla comunitariamente) grupos confesionales cristianos, pero a la hora de hacerse presente en la vida pública, en la vida social, para luchar por esta tarea de ir hacia una cultura de la solidaridad, habría que caminar con cuantos quieran trabajar en esa dirección.

La pobreza evangélica entendida como opción por los pobres

* Estaría eso que llamaríamos la «pobreza real»; otros hablan de «pobreza material»; es decir: la carencia de bienes necesarios para satisfacer las necesidades elementales de la vida.

* Estaría la «pobreza de espíritu». Es de la que -ya desde Sofonías- hay en la Biblia constantes referencias: en los salmos, en muchos de los grandes profetas

de Israel, en muchos de los libros sapienciales, y después las tenemos en el Nuevo Testamento. La versión mateana de las Bienaventuranzas habla de pobres de espíritu.

Bueno, pobreza de espíritu que, a mi entender, desde el punto de vista bíblico no es eso que después hemos dicho, eso del corazón despegado que permite acumular pero no apegarse, sino que la pobreza de espíritu, yo creo que va más bien en esa línea de radical humildad que sitúa al ser humano, que es pobre, totalmente abierto y referido a la intervención de Dios en su vida. Ese es el pobre de espíritu.

Pero el Dios de Israel, el Dios de Jesús, si interviene en las vidas, interviene demandando solidaridad y demandando compartir. Entonces la noción de pobreza de espíritu, yo no la entiendo, desde luego, desvinculada de la cuestión de los bienes.

Ciertamente no se es pobre de espíritu si no se está en condiciones reales, efectivas, de compartir. Eso del desapego interior vinculado al no compartir es un truco que nos hemos inventado y que no tiene -me parece a mi- ninguna fundamentación bíblica. Lo que sí tiene, dolorosamente, es fundamentación en algunos padres de la Iglesia, y de ahí paso a muchos tratados de vida espiritual.

* Y luego estaría la «pobreza evangélica», es decir la invitación de Jesús. La invitación de Jesús a hacerse pobre, a optar por la pobreza, a dejar los bienes y ponerse al servicio de la causa del Reino.

A mí me parece que la pobreza evangélica hay que entenderla, fundamentalmente, como esa situación vital en la que nos ponemos si seguimos la llamada de Jesús, y que nos permite ser solidarios. De tal manera que lo fundamental de la pobreza no es dejar los bienes; lo fundamental de la pobreza es ponerse al servicio del Reino, pero para ponerse al servicio del Reino parece que hay que dejarlos.

Es decir, lo fundamental de la pobreza evangélica no es sin más ser austeros; lo fundamental de esa pobreza es vivir la austeridad como condición de posibilidad que hace realmente efectiva la lucha por el Reino y por consiguiente que hace realmente efectiva, entre otras cosas, la solidaridad que se traduce en compartirlo todo. Luchar contra la pobreza injusta, que es como traduce los teólogos latinoamericanos, el tema de la pobreza evangélica.

Se es pobre para ser libre y se es libre para liberar. Y ése es el sentido fundamental, posiblemente, de la pobreza evangélica. Entonces, hay que entenderla, no como una especie de entrar en complicidad con la pobreza real para exigir no sé qué tipo de resignaciones pasivas, como muchas veces dolorosamente se ha entendido.

La pobreza evangélica hay que entenderla como un acto de amor solidario que nos permite estar con los pobres, hacernos cargo de esa realidad, sentirla,

cargarse con esa realidad y encargarse de transformarla. Creo que el gran valor cristiano de la pobreza evangélica, austeridad, renuncia, es que nos hace estar en condiciones de posibilidad para el compromiso solidario.

Crear condiciones reales para la solidaridad

Alguien ha dicho que la solidaridad sin austeridad real se convierte en retórica. Y en retórica superficial, retórica moralizante, que permanece en el mejor de los casos en el terreno de las meras buenas intenciones.

Yo no niego -pensando en mí mismo y pensando en los demás- que muchas veces con muy buena intención, quisiéramos ser solidarios e intentemos serlo. Pero tampoco percibo en mí mismo, ni percibo en lo que veo, que tengamos las condiciones reales de posibilidad para ser solidarios muchas veces.

Y desde luego una condición real es ésta, porque «aumentar el nivel de vida de los países pobres sin que los ricos disminuyan sus niveles de consumo es física y cuantitativamente imposible». No hay suficientes recursos en el planeta, y volvemos a la tesis del «más allá de los límites del crecimiento». Mantener el nivel de vida occidental supone necesariamente la imposibilidad de desarrollo de los países del Tercer y Cuarto Mundo.

Es decir con nuestra forma de vivir estamos como significando, estamos haciendo sacramentalmente presente la cultura de la insolidaridad.

Elogio de la austeridad

Es una enseñanza que nos llega, fundamentalmente, de los asiáticos, y de los asiáticos también cristianos. Es lo que podemos llamar el elogio de la austeridad en sí misma considerada. Pero no es típico solo de los orientales. Mounier escribió páginas espléndidas sobre el elogio de la pobreza. Ellacuría insistía mucho en la civilización de la pobreza. Jon Sobrino traduce «austeridad compartida».

Sin dejar de considerar como algo sumamente importante que el gran elogio que se puede hacer de la austeridad es que convierte al austero en persona con posibilidades reales de ser solidario, sin embargo habría que descubrir la belleza antropológica que en sí misma tiene la austeridad. Y esto me parece que es sumamente importante. Porque si se descubre esta belleza de la austeridad (hablo de belleza en el sentido más profundo del vocablo, hablo de belleza como ese universal -como decían los escolásticos- vinculado a los otros universales, hablo de belleza en el sentido de verdad y de bondad, también) si se descubriese experiencialmente esta belleza estaríamos en condiciones de poder enfrentarnos con mucha más convicción y con mucha más profundidad contra toda esa cultura que parece situar el bienestar en consonancia con el nivel de consumo exasperaste.

Y entonces lo haríamos no sólo por consideraciones morales, éticas, en orden a la solidaridad, que eso ya es muy importante, sino que lo haríamos desde

el convencimiento profundo de que el nivel de consumo no siempre proporciona bienestar al ser humano, no siempre proporciona plenitud.

Una cosa sumamente importante de la austeridad: yo creo que la austeridad da limpieza de corazón para ver con claridad. Me refiero a que -me parece a mí- los seres humanos tenemos muchas dificultades para ver la realidad. Es decir estamos protegidos con muchas corazas que nos impiden ver, que nos impiden ver sobre todo aquellos aspectos más inquietantes de la realidad, aquellos aspectos que intuimos, o sospechamos, que descubrirlos nos puede complicar la vida.

A parte de las dificultades que en sí representen ver la realidad con lucidez, nosotros tenemos dificultades añadidas, y las dificultades añadidas son que nos defendemos de lo real, sobre todo nos defendemos del lado oscuro de lo real. En este caso, ¿a qué llamamos el lado oscuro de lo real?, pues a esta realidad tremenda de pobreza, de marginación, etc., a nivel planetario.

Entonces ¿qué pasa?, que la austeridad nos da libertad para ver, porque una de las razones por las que nos resulta inquietante el lado oscuro de la realidad es que veríamos amenazado nuestro nivel de bienestar vinculado a la acumulación y al consumo. Y si hemos descubierto la belleza de la austeridad, pues no sentiríamos tanto miedo a la necesidad de consumir. A mí me parece que por ahí hay una razón muy importante.

Para oír y ver a Dios, para ser honrados con lo real, hay que despojarse. Para ver a Dios hay que salir, dice la Biblia en alguna ocasión; y Juan de la Cruz decía que para ver a Dios, para caminar hacia Dios, para unirse con El, hay que despojarse.

Bueno pues, yo creo que por ahí hay algo muy importante. Jon Sobrino decía: a mí las Universidades americanas y alemanas me despertaron del sueño mental, pero fué el contacto con el mundo del El Salvador y su realidad, y con la de otros países del Tercer Mundo, lo que me despertó del sueño de la inhumanidad. Es decir que fué capaz de ver.

La austeridad nos puede liberar, por supuesto, de todo tipo de privilegios que nos impiden ser solidarios, de la búsqueda de mediaciones de poder para dominar, para obligar, para no sé qué... Y la austeridad nos puede liberar de tantos miedos que nos impiden ser libres, para estar allí donde hay que estar, y para estar allí donde hay que estar cómo hay que estar.

Los cristianos tenemos que estar allí donde hay que estar: en el desierto en la periferia, en la frontera..., bueno en esos lugares donde es más urgente el ejercicio real de la solidaridad.